



OTILIA DURBÁN CUBEL

Biblioteca El Carmel

Me llamo Otilia Durbán Cubel. Nací el 28 de abril de 1933 en un pueblo pequeño llamado Torrijas, provincia de Teruel. Los habitantes que éramos no lo sé. Lo que sí sé es que todos los vecinos nos conocíamos, niños y mayores. No había peleas y todos cuando hacía falta se ayudaban los unos a los otros.

Como pueden ver nuestra vida transcurría en el campo. En casa de mis padres, yo no recuerdo que mis padres nos hayan maltratado nunca. Mi padre no nos ha puesto la mano encima, mi madre alguna torta que otra caía pero sin ninguna importancia contando que éramos 6 hermanos: tres varones y tres hembras. En seis años nacieron tres, en seis años ninguno y en otros seis años nacimos los otros tres. Yo soy la cuarta.

Mis vivencias no tienen importancia más que la le quieran dar. En casa de mis padres la vida fue normal, a menos me lo parece a mí. Almorzábamos por ejemplo gachas, gazpachos de pan, patatas fritas antes de ir al colegio. Sólo íbamos al colegio en invierno porque en veranos había que trabajar en el campo. En el colegio, como no teníamos patio, salíamos a la calle e íbamos a casa a buscar el bocadillo: pan, chorizo, jamón o lo que había por casa.

Jugábamos a la comba, los pilonicos (hacíamos un corro y había uno que pagaba y al que pillaban tenía que salir del corro y pagar), las olivetas (otro corro y como estábamos en la tierra,



hacíamos unos agujeros cada uno y llevábamos un palo cada uno, teníamos que tirar un palo pequeño los unos a los otros y mientras iban a buscar el palo, los demás hacíamos el agujero y perdía el que tenía el agujero más grande). También jugábamos a los cuadros (charranca que dicen aquí), los pitos (cogíamos 5 piedras y tirábamos una al aire y la cogíamos mientras cantábamos pito pito colorito...), al escondite, a las tabas (con una vértebra o un hueso de la muñeca o pierna de cordero, no estoy segura, que se limpiaba y quedaba blanco, lo usábamos de dado. Tenía partes desiguales y cada lado del hueso tenía una puntuación diferente); a las cartetas (cogíamos un naipe y lo partíamos por la mitad a lo largo, hacíamos una cruz y hacíamos un paquete con él, se quedaba todo cerrado y era como los cromos de picar); la ronfaleta (que es lo que aquí llaman la peonza, lo hacíamos con el carrete del hilo, lo partíamos por la mitad, poníamos un palo por el agujero con una punta más gorda y otra más delgada y lo hacíamos rodar). A todo esto jugábamos en el pueblo.

Como vivíamos del campo, mis padres tenían el terreno apartado del pueblo e íbamos allí con los machos (los hijos de caballo y burra), aquí se llama mulo. Mis padres siempre llevaban un macho cargado de chiquillos. Cuando íbamos allí a hacer la recolecta (trigo, cebada, lentejas, hieros, guisantes), teníamos un corral para los animales (machos, ovejas, gallinas, conejos) y una caseta para nosotros, para poder guisar, comer, etc. Nos quedábamos unos 15 días, hasta que terminábamos de sembrar o después segar y recoger todo lo que había. Allí jugábamos, los más pequeños, ya que los mayores tenían que trabajar. Nuestros juguetes eran las cortezas de los pinos, lo que aquí llaman chozas para el belén, hacíamos un círculo que hacía de corral y poníamos las piñas gordas, que hacían de ovejas, y las piñas pequeñas hacían de corderos. Salíamos afuera y buscábamos las piñas. Después vendíamos los corderos, unos hacíamos de compreros y otros los vendíamos. Un día mi madre había matado una



serpiente. Los dos hermanos mayores de los tres pequeños dijimos: “Vamos a ver la serpiente que ha matado la madre”. Como aquellos días había muerto un señor en el pueblo y tuvieron que hacerle la autopsia, nosotros también quisimos hacérsela a la serpiente, la cual tenía en el vientre nueve pequeñitas. Las pusimos encima de una piedra plana, se movían todas, la serpiente estaba a punto de parir cuando la mató mi madre (para que no nos picara a nosotros). Parecían unos boquerones. Llamamos a mi madre y le enseñamos lo que habíamos hecho. Mi madre se puso las manos en la cabeza “te imaginas si os hubieran picado”. Se ve que las serpientes cuando nacen tienen que picar, y su picadura es mortal. La serpiente madre cuando tiene que parir se sube a un árbol porque cuando nazcan las crías no le piquen a ella. Como estas anécdotas, muchas. Jamás nos pasó nada, como dice el refrán los niños siempre llevan con ellos un ángel de la guarda. Ahora dicen que explotan a los niños, pues bien, nosotros, todos los del pueblo hemos trabajado desde que sabíamos andar. En mi casa por lo menos mis padres nos llevaban con ellos donde trabajan. En un macho (hijo del caballo y la burra) íbamos cargados de niños. Mi madre siempre llevaba el puchero o sartén para poder hacernos la comida. Jamás nos dejó en casa solos. Nos tenían con ellos y sabían lo que comíamos. Como trabajaban, a medida que podíamos se iba haciendo el trabajo. Los más pequeños en unas cosas, los mayores en otras pues allí todas las manos eran pocas. Ahora cambio de tema.

De la guerra me acuerdo muy poco. Donde mis padres tenían las tierras, corral y caseta. Cuando era tiempo de coger la cosecha, allí estábamos 10 o 15 días. Hacíamos la vida, tocaba sembrar, segar y trillar igualmente, como las hormigas, a recoger para todo el invierno que era muy largo y frío. Era el tiempo en que podíamos ir al colegio. Cuando íbamos al colegio los niños, llevábamos un leño gordo para la estufa, para calentar la clase. Pues cuando íbamos al colegio nos tenían que hacer camino entre



la nieve como si fuera una trinchera. A veces había más de medio metro en el pueblo, ¿se imaginan en las montañas?

Pero llega el invierno y hay que pensar en otras cosas. Si en verano teníamos que pensar en el pan, en invierno pensábamos en la matanza del cerdo para acompañar el pan y poder hacer buenos potajes, y las gachas para almorzar, todos los días acompañadas de otras cosas. Con la matanza, hacíamos los chorizos, longanizas, morcillas de arroz y cebolla. Lo freíamos y se conservaba en aceite.

Pues bien, como era la guerra, mis dos hermanos mayores y otros dos de los pequeños y otros primos, estábamos viviendo en el campo porque los soldados, si no estábamos allí, desacían los corrales para llevarse las tejas y hacer sus chabolas y barracas que tenían junto a las trincheras.

Mis padres se quedaban en el pueblo y nos traían la comida allí. Mi hermano mayor hacía de pastor, mi hermana la comida, hasta que un día los soldados o gente de fuera nos quitaron el ganado, y todo lo que teníamos allí. Cuando veíamos venir los aviones, les llamábamos las “pavas” y corríamos a la caseta para que no nos vieran ni nos oyeran. Hoy pienso que los aviones salían de Manises (Valencia) y pasaban por la sierra hacia Teruel, pues allí es donde estaba el frente. Los nacionales estaban a una parte del río Turia y los rojos a la otra parte. Cuando estaba en la caseta, recuerdo ver un avión que se había incendiado. Veíamos las llamas y decíamos, “mira Torrijas”, que así se llama mi pueblo, se está quemando. Por supuesto el pueblo no se veía porque lo impedían las montañas y los pinos.

Luego llegó la postguerra. Aquello si fue muy duro. Se llevaron todo: los animales, los machos, ovejas, patatas, legumbres, trigo. No sé que bando se llevó todo aquello. Tuvimos suerte que no



evacuaron el pueblo porque los pueblos colindantes todos tuvieron que marcharse, abandonando sus casas y los demás enseres. Pero como allí hacía mucho frío, no se podía sembrar nada hasta que llegaba marzo o abril. Entonces se sembraban las patatas y los cereales, lo que el terreno requería. Lo mismo que mis hermanos, que yo no recuerdo haber pasado hambre. Mis padres hacían lo imposible para que no faltara lo más esencial: un trozo de pan, patatas, legumbres, un trozo de tocino, alguna sardina salada, arenques en escabeche, siempre había algo de esto.

Luego viene el racionamiento. Racionaban tabaco, azúcar, café, bacalao (que no se podía comer de lo rancio que estaba), chocolate (que estaba todo corcado). Poco tiempo después vino un señor de la huerta de Valencia y traía arroz, naranjas y otras frutas. Cambiábamos el café, tabaco, chocolate por naranjas y arroz. Fue tantos años los que vino a hacer los cambios que cuando ya quedó todo normal, él siguió viniendo al pueblo. Entonces venía porque decía que cogió cariño al pueblo. Se compró una casa en Torrijas y ha estado viniendo largas temporadas durante 50 años. Él decía que se sentía como vecino del pueblo. Hoy por hoy, los hijos casi se sienten hijos del pueblo como nosotros.

Recuperada la guerra, la gente del pueblo reanudó la vida como pudo. Hasta que se hicieron de nuevo con animales, etc., empezaron todos otra vez a sembrar como antes.

Pero llegó el extraperlo. Muchos se ganaban la vida como podían por aquellos montes de noche de un pueblo a otros ya que estaban perseguidos por la Guardia Civil. Si los cogían les quitaban todo lo que llevaban y encima les daban una paliza. Mis padres no hicieron extraperlo nunca. Mi padre era sillero y como en invierno no se podía ir al campo ni a ninguna parte, hacía las sillas en casa. Cuando el tiempo era más bueno, se iba a venderlas a otro pueblo de al lado, provincia de Valencia. Las cambiaba por aceite, vino, olivas y otras cosas que no había en el pueblo. También se



exponía si lo pillaba el guardia forestal batiendo un pino. Teníamos leña de la poda, pero los pinos no se podían talar si estaban verdes. Si talabas uno verde, la guardia te multaba, cosa no ocurría porque había muchos secos, tirados por el aire, etc. Luego cuando hacía buen tiempo venían de otros pueblos a vender frutas y como allí debido al frío no se criaba nada de frutas, entonces como no había dinero, los venían a vender a cambio de algo: un kilo de patatas o lentejas a cambio de 1 kilo de manzanas, uva y otras frutas. Yo recuerdo seis sardinas saladas (arenques) a cambio de un huevo, y así sucesivamente. Entonces ya se trabajaba en el campo normal.

Pero el gobierno de Franco cuando había que sembrar tenían que manifestar en el ayuntamiento los quilos que se sembraban y cuando venía lo cosecha, con los quilos que se sembraban, calculaban lo que se tenía que recoger, pero nunca contaban con las inclemencias del tiempo, un año muy lluvioso, otro muy seco. Cuando llevaba junio o julio venían las tormentas y se apedreaba. Venía la Guardia Civil y nos preguntaba cuántos quilos se habían sembrado, cuántos éramos de familiar en casa y nos decían: con tantos quilos tienen ustedes bastante. Lo demás se lo llevaban al Servicio Nacional, para el gobierno. Cuántas familias tuvieron que comprar el trigo para llevarlo al Servicio Nacional. La Guardia Civil iba de casa en casa registrando lo que había. Y no se lo llevaban ellos sino que teníamos que llevarlo nosotros a la estación de tren más próxima que estaba a 25 kilómetros, en Estación Mora de Rubielos. Los vecinos se juntaban y cada semana, un vecino llevaba lo de todos a la estación en carro. Una de las veces que le tocó ir a mi hermano, él iba encima del carro con el trigo y la Guardia Civil le puso una multa de un duro por ir sentado, porque tenía que ir caminando. Tuvo que ir a Teruel a pagar la multa, que estaba a 45 kilómetros del pueblo. Era lo único que tenían para ganar una peseta ya que el estado pagaba el trigo a 50 céntimos el quilo, y normalmente en el mercado estaba a 4 pesetas el quilo.



Para poder hacer el pan, se tenía que ir al molino para hacer la harina, pero había que hacerlo de noche porque por el día la Guardia Civil siempre estaba por los caminos y nos quitaban lo que llevábamos, el trigo o la harina, encima castigaban al molinero, pero teníamos que vivir, así que teníamos que esperar al molinero: “hoy no, mañana” porque tenía a otras personas. No podía tener nada retenido allí porque la Guardia Civil también iba al molino para registrar lo que el molinero tenía en casa. Era muy triste haber estado dos años para conseguir una cosecha (dejábamos la tierra en barbecho un año) y no poder disponer libremente de ella.

Luego llegaron los maquis y fue muy duro, sobre todo, para las personas que vivían en las masías. Los maquis pedían comida pero pagaban. La Guardia Civil exigían: “hoy me tiene que matar un pollo”. Otro día: “para tal día tendrás que matar un cordero, vendré con unos amigos”, pero luego no pagaban. Si decías que habías visto a los maquis, tenías luego bronca con ellos. Si no decías nada, la Guardia Civil se enteraba que habían estado allí y paliza. El molinero tenía el molino de dos pisos al lado del río. Los maquis estaban en la cubierta de arriba y la Guardia Civil llegaba por abajo. La misma Guardia Civil mató a muchos personas en cuyas casas habían comido. Ellos mismos mataron al molinero y al hijo abrazados en la puerta del cementerio, dejando a la mujer viuda y embarazada de otro. A otros les dieron palizas, otros fueron a la cárcel, otros quedaron inválidos de las palizas.

Como ya habíamos crecido, ya podíamos ayudar más. Un día de tantos, para que mi hermano mayor ayudara más a mis padres a segar el trigo, nos mandaron de pastores al hermano más pequeño y a mí. En vez de cuidar las ovejas nosotros, nos cuidaban ellas a nosotros pues ellas sabían donde estaba el agua para beber y ellas mismas volvían al corral. Pero un día de tantos, íbamos de pastores y yo con 10 años y mi hermano con 7, las ovejas habían comido y bebido bien. Se tumbaron en una loma que estaba muy



fresca y nosotros nos sentamos en el suelo, hablando los dos. La loma estaba muy pelada pero alrededor había una pinada muy espesa y grande. Cuando ya se había ido el sol, hacía un fresquito muy bueno. Estando sentados los dos cara a cara, ví pasar una persona junto a los pinos. “Veo pasar a una persona junto a los pinos”, dije a mi hermano Eliseo. Él me dijo: “Calla”. Pero él no quiso girarse a ver, pues estaba de espaldas. Yo como tenía que mirar le dije que eran dos personas, pero no se giraba. Las ovejas no se movían, nosotros tampoco. De pronto, iban en fila india, una, dos, tres, cuatro, cinco personas. “No digas mentiras”, me decía mi hermano. “Gírate y lo verás”, le contestaba yo. Entonces se giró y los vio. No se metieron con nadie, nosotros tampoco. Cuando ellos se escondieron entre los pinos, con la ayuda de un perro que llevábamos, recogimos el ganado y nos fuimos corriendo como alma que lleva el diablo hacia donde estaban mis padres. Cuando nos vieron, nos preguntaron que porqué habíamos vuelto tan temprano. Nosotros ni cortos ni perezosos dijimos: “Hemos visto a los maquis allí arriba en la loma de la Perdición”. Por la tarde cuando nos íbamos, que serían las 4 o las 5, ya que las ovejas en verano hacen la siesta a partir de las 11, hasta que empieza a bajar el sol, se apiñan en una sombra y no comen. En verano comen más bien de noche. Cuando íbamos a darles agua y comida por allí, había otro pastor de la edad de mi padre y además vecino nuestro, vivíamos puerta por puerta. Éramos amigos de sus hijos e íbamos al colegio juntos. Ellos tenían 5 hijos y mis padres 6, nuestras edades coincidían. Si no jugábamos en su casa, jugábamos en la nuestra. Nos pregunto el pastor: “Muchachos, ¿dónde vais por aquí?”. Como lo conocíamos, le contestamos: “pues no lo ve, igual que usted”. A lo cual nos contestó: “un día os saldrán los maquis por aquí” y le dijimos, “pues que vengan”. Mira por donde, estábamos en una caseta que se habían hecho ellos entre los pinos. Nosotros dijimos “qué espesos están los pinos que no podemos ni pasar”. Había muchos pinos pequeños que se llaman pimpollos, a parte de los grandes. Nadie sabía



cómo se lo montaron los maquis, porque nadie se enteró de que estaban allí, pues los 5 hombres que nosotros vimos eran los maquis porque luego mi madre se fue con el ganado un rato más para que comieran y al mismo tiempo esperaba a mi otro hermano que se había ido al pueblo a llevar el grando del trigo que habían trillado aquel día, como todos los días. Como todo no lo guardaban allí, lo llevaban al pueblo. Allí no teníamos nada más que lo que necesitábamos para comer. Cada día había que ir al pueblo a dar de comer a los animales que estaban allí, y era mi madre la que iba. Mi madre hizo ver que iba a que las ovejas comieran un rato más. Era la hora que tenía que venir mi hermano, fue a esperarlo y cuando estábamos cenando, entre mis padres y mi hermano liaron la troca. Mi hermano preguntó “¿no ha venido nadie por aquí comprando corderos?”. Mi padre contestó que no. “Es que han dicho que han ido los vecinos de la Masía Capote comprando corderos”. Esa masía era del pueblo de al lado que estaba cerca de allí pues todos nos conocíamos. Mi madre contestó “estos chiquillos han visto a alguien por allí arriba, por la loma”. Así quedó todo porque era un compromiso para mis padres. Nosotros como éramos niños no entendíamos nada, pues hubiéramos dicho que habíamos visto a los maquis. Para que no dijéramos nada conociendo el riesgo que allí había en el ambiente, además la Guardia Civil se disfrazaron de maquis para engañar a la gente y pretendían conquistar a la gente para que se marcharan con ellos. Esto lo viví yo misma con mi hermano mayor. Habíamos ido a una boda al pueblo de al lado donde teníamos familiar. Cuando volvíamos a casa de la boda, en medio de la montaña, la Guardia Civil estaban entre unas matas bajas que hay debajo de los pinos, que se llaman chaparras, estaban todos tapados con mantas, escondidos en el monte. Nosotros íbamos a caballo en un macho y nos dieron el alto. Yo no sé cuántos salieron de allí, los guardias que estaban durmiendo disfrazados, ya que mi hermano aquel día ya era quinto, habían de medirlo para ir a la mili. Trataban de convencernos para que se



quedara mi hermano con ellos y así no tendría que ir a la mili. Querían que yo me marchara a casa sola y yo les explicara a mis padres que se había ido con los maquis, a lo cual yo me eché a llorar y dije que no me iba si no venía mi hermano. Yo tenía 13 años. Nos tuvieron detenidos desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Así que entre el gobierno por un lado, la Guardia Civil por el otro, las inclemencias del tiempo, la gente joven empezó a emigrar, siendo nuestros padres conscientes de ello, primero los solteros y luego los casados. Íbamos desapareciendo ya que no nos dejaban vivir. Si el gobierno nos hubiese ayudado un poco más, no hubiésemos emigrado tantos porque el gobierno hizo muchas casas en Barcelona, Madrid, Valencia pero deshizo pueblos enteros. Un año hubo una tormenta muy grande de granizo y no dejó nada en el pueblo. Aquel año ni ricos ni pobres todos salimos igual y desaparecimos toda la juventud del pueblo. Yo fui la primera en salir de mi casa, tenía 15 años. Nos vinimos muchas chicas a Barcelona porque nos pagaban más que en Valencia. Llegué en el 1958 y trabajábamos de sirvientas porque no sabíamos hacer otra cosa pues de estar trabajando siempre en el campo, hacer los trabajos de casa era jauja para nosotras. Los domingos por la tarde teníamos libre y nos juntábamos todas las del pueblo y pasábamos la tarde juntas. Luego teníamos otro problema, cuando llegaba el mes de julio teníamos que volver al pueblo para ayudar otra vez a coger la cosecha durante tres meses. Cuando terminábamos volvíamos a Barcelona, otra vez a conocer casas nuevas y así por lo menos para mí, durante ocho años, hasta que me casé. Pero no piensen que aquí todo era gloria, no lo tuvimos todo tan fácil. Nos encontrábamos de todo, personas buenas y no tan buenas. Particularmente, el primer año, a mí porque la comida era escasa. Cuántas veces me acordaba del pan que comía en casa de mis padres. Aquí nos hicieron una cartilla y nos daban el pan racionado: un panecillo que teníamos para el desayuno y ya no había nada más para el resto del día. Además era pan negro y malo, nos daban toda la comida contada, pero no



piensen, en la casa donde servía éramos un matrimonio, la cocinera, el ama de llaves y yo de camarera. El ama de llaves sólo venía por las mañanas y según que comida había, el ama de llaves le daba a la cocinera los ingredientes justos. El señor era mi nombrado, ya que en Barcelona era abogado y catedrático, Trias Debés. Como el ama de llaves a primera hora de la tarde se tenía que marchar, y si ellos comían más tarde por lo que fuera, como yo era la que servía, me dejaba la despensa abierta para darles lo que ellos quisieran. Les aseguro que jamás he robado nada a nadie. En Barcelona, también había pan blanco de estraperlo en algunas panaderías. Los señores comían del blanco y luego se cerraba la despensa. Un día el ama de llaves su tuvo que marchar, y me dejó la llave, y cogí una llesca de pan blanco, por lo menos me quitaba el mono del pan que hacía mi madre, blanco y bueno, Así estuve cinco años, un año en cada casa.

Por fin entramos en una casa, yo de cocinera y mi hermana pequeña de camarera. Allí trabajábamos mucho, contando con nosotras éramos 9 personas. El primer año cuando les dijimos que nos teníamos que marchar en julio a ayudar a mis padres al pueblo, los señores propusieron que nos pagarían para que mis padres buscaran a alguien que les ayudara y así podernos quedar con ellos. Así estuvimos 3 años. Yo tenía 21 y mi hermana 15. Mis hermanos mayores ya se habían casado, mis padres ya estaban solos.

Con 23 años me casé. Mi marido también era del pueblo y el detrás mío se vino a Barcelona para trabajar de panadero. Él ganaba 400 pesetas y un kilo de pan yo 60 pesetas. Entonces el pan ya era blanco, estaba normalizado.

Ahora los pisos están muy mal, pero entonces también había pocos. Nosotros tuvimos suerte en encontrar un piso muy pequeño, pero al menos estábamos solos, no como muchos



matrimonios que en un piso había dos o tres matrimonios compartiéndolo, con derecho a cocina. Nosotros pagábamos 40 pesetas de alquiler. Al casarnos nosotros, mi hermana se vino a vivir con nosotros y también un hermano de mi marido, así que desde el día que me casé, ya nos juntábamos cuatro. Los tres iban a trabajar, los hombres de panaderos y mi hermana de planchadora, pero al menos éramos todos familia. Así estuvimos 2 años. Entonces nació mi hija mayor, mi hermana se casó y mi cuñado se marchó a una pensión. Veintidos meses después nació mi segunda hija. Como mi marido tenía carnet de conducir, que se lo había sacado en la mili, los señores donde yo había trabajado, a pesar de haberme casado, no perdí el contacto con ellos, le pidieron a mi marido si quería trabajar con ellos de repartidor. Necesitaban una persona de confianza. Mi marido aceptó encantado ya que el oficio de panadero entonces era muy esclavo. Por lo menos así trabajaba de día, pero hacía más horas que un reloj, pero los sábados y domingos tenía fiesta.

En tres años compramos un terreno entre mi hermano mayor, un cuñado, y nosotros. Empezamos a hacernos una casa de tres pisos, uno para cada uno. No veas lo que tuvimos que trabajar. El terreno estaba en la calle Segismond del Carmel. La calle no estaba abierta, todo era una montaña. Teníamos que subir el material desde la calle Calderón de la Barca por un pasaje que eran escaleras para dar entrada a las torres de arriba. Hacíamos una cadena humana para subir el material, ya que sólo trabajamos en la casa los sábados y los domingos. Si podíamos pagar un paleta, llevábamos uno, si teníamos dinero, llevábamos dos. Y así nos costó tres años terminar la casa. Tuvimos que trabajar a pico y pala, porque esta montaña es todo roca y no nos dejaban tirar barrenos porque no estaba permitido porque el terreno donde estaban las torres estaba muy cerca. Mi marido, mi cuñado y mi hermano hacían de manobras. Cuando terminamos, no teníamos un duro pero no debíamos nada a nadie. Cuando vinimos aquí, eran todo torres, no había ni cloacas. La última torre que tiraron



fue para hacer la Biblioteca del Carmel y las escaleras mecánicas que hay al lado. En las torres no había agua, todas tenían pozos de agua. Nosotros fuimos la primera casa con agua corriente y nos la quitaban a menudo, y una vecina que vivía en una torre, nos pasaba agua de un pozo con una manguera. No había ninguna tienda por aquí. El mercado más cercano era el de Horta o en Gala Placidia en Gracia. Los autobuses teníamos el 25 que llevaba a la Iglesia de Santuaris o en la Plaça Sanllehy, el 24. No había nada más en el barrio. Cuando vinimos aquí, no había más coches en el barrio que la camioneta que llevaba mi marido cuando venía a comer.

Poco a poco fueron llegando toda la familia que quedaba en el pueblo, casados y solteros. Todos pasaron por mi casa y todos trabajaron en la misma empresa donde trabajaba mi marido y había trabajado yo, que era una empresa de frenos y direcciones de coches, Vendibérica. Mi hija que tenía 14 años, ya trabajaba en la oficina de secretaria. Incluso algunos sobrinos trabajaron allí.

Con tres meses de casados operaron a mi marido de apendicitis. Al año siguiente de amigdalitis, cosa que nunca había tenido. Con 40 años, de prisa y corriendo de una hernia. Con 45 una cefalia vascular nerviosa. Con 53 tuvo un infarto de miocardio. Estábamos de vacaciones en el pueblo. Tuvimos que llevarlo a Teruel, quedando ingresado en la UVI durante un mes. Nada más nos lo dejaban ver 5 minutos al día, y estábamos a 45 km. del pueblo. Suerte que estábamos toda la familia de vacaciones y cada día me llevaba uno de la familia, ya que allí nada más tenía a mi hija la pequeña que tenía 10 años. Las mayores estaban en Barcelona estudiando y trabajando. Después nos dijeron que tenían que llevar a mi marido a Zaragoza para hacerle otras pruebas que allí no podían hacer. Mi hija la segunda estaba estudiando medicina y ella le pidió al médico de Teruel que trasladaran a mi padre a Barcelona, a lo que él le contestó: “Búscame una cama y te lo mando”. Entonces ella habló con su



profesor de cardiología, le explicó el problema que teníamos. Consiguí una cama en un hospital en Barcelona, y lo trajeron de urgencia al Hospital Clínico, que es donde mi hija estaba estudiando. Con los informes del hospital de Teruel y las revisiones que le hicieron en Barcelona, sin sacarlo de allí, le operaron a pecho abierto. Le quitaron una vena de la pierna para hacerle 3 bypass, quedando cuatro años más o menos bien. A los cuatro años, tuvo un infarto cerebral y se recuperó un poco, pero cómo salió. Tuvimos que enseñarle a andar, a comer y a hablar. Comía por la nariz con una sonda. Por orden del médico, cuando se había recuperado un poco después de hacer mucha recuperación en el Clínico, nos recomendó sacarlo a pasear por los menos una hora al día. Yo le acompañaba cada día porque no podía caminar solo. En una mano llevaba una muleta, en la otra mi hombro. Le quedó muy mal humor, no había manera de tratar con él. Poco a poco se fue recuperando pero después le dio una embolia. También salió de ella y poco a poco fue empeorando hasta que quedar encamado durante 5 años sin moverse. Yo fui la que me encargué de todo ya que mis hijas tenían que trabajar para pagarse sus estudios. Me compré una grúa y una cama de hospital. Tengo tres hijas estupendas, la mayor es oficiala administrativa, la segunda médico especializada en digestivo y la tercera ha estudiado odontología, especiliaza en dontopediatria. Todas las tres se han pagado los estudios trabajando. Ahora la pequeña está haciendo un master de ortodoncia. A pesar de todo, puedo decir que he sido y soy feliz ayudando a los demás, incluida mi madre que murio a los 94 años. La tuve 20 años, estando con nosotros y mis hermanos. Si tuviera que hacerlo otra vez, lo volvería a hacer. En la actualidad tengo 73 años y soy viuda desde hace 7. En el verano cuido de mis dos nietas que residen en Mallorca. Esta es mi vida, contada como he podido y espero no cansarles con ella, no tengo otra. Del barrio que les voy a contar, pasando muchos trabajos por lo penoso que es por las cuestras. Ahora tenemos autobuses, mercado, escaleras mecánicas.



La pena es que no las respetan. Nos falta el problemático metro, nos hemos quedado con las ganas. Todavía queda mucho que mejorar y radicar con esta pandilla de gitanos y no gitanos porque es una vergüenza, se ponen todos los días en las escaleras con las drogas. Dan pena, chicas jóvenes, niños pequeños. Por las tardes, ponen los cochazos encima del paso de cebrá y aunque queramos subir con el carro, es imposible, porque siempre está tapado. Tenemos que subir por el bordillo con el carro de la compra. El guardia que tenemos en el barrio, por lo menos yo se lo he dicho algunas veces, a lo que me contesta que ya lo sabe pero a ver qué va a hacer. Otra cosa es la polémica de siempre, los excrementos de los perros en las aceras. Yo por llamar la atención, me dieron un puñetazo y me tocó ir al hospital y callar. Así me despido. Me siento, soy y seré aragonesa hasta la médula hasta que me muera pero también quiero mucho a Cataluña ya que nos abrió sus puertas y juntos la levantamos y hoy compartimos lo que tenemos en ella.

Barcelona, Diciembre 2006.